

San Luis Potosí, el 14 de Diciembre de 1845, llegando á México el 2 de Enero de 1846.

El primer acto de este general fué nombrar una Junta de notables que le eligió Presidente, y tomó posesión del mando en 4 de Enero de 1846.

LECCION OCTAVA

El general Paredes.—Guerra americana.—Palo Alto.—La Resaca de Guerrero.—Abandono de Matamoros.—Pronunciamiento de Guadalupe.—Pronunciamiento del general Salas.—Caída de Paredes.—Santa-Anna y Farías en el poder.—Los norte-americanos en Veracruz.—Pronunciamiento de los *polkos*.—Presidencia del general Anaya.—Tampico.—General Parrodi.—Chihuahua.—General Trias.—Nuevo-México.—California.—Sitio y toma de Monterey.—Vuelta á San Luis.—Fin del pronunciamiento de los *polkos*.

Como hemos visto, en la época del General Herrera se declaró Tejas incorporado á los Estados Unidos; pero aunque se ha dado idea de los preliminares de la guerra, es preciso presentar en un cuerpo de narración encadenada, los acontecimientos para la debida claridad.

El próspero desarrollo de la Unión Americana alentó la ambición de adquisiciones de mayor territorio; y lo lograron, adquiriendo con poco esfuerzo las Floridas, la Luisiana y el Oregon (*).

La rica, feraz y extensa provincia de Tejas irritó la codicia de los norte-americanos; el Gobierno se hizo órgano de esos deseos y propuso á España primero, y después á México, la compra de aquel territorio.

Rechazadas las expuestas pretensiones, se recurrió á otra política más pérfida.

Protegióse la insurrección de los colonos contra el Gobierno, y dizque para vigilar lo que ocurría, se mandó al General Gaines á Nacodoches, sin miramiento alguno, invadiendo de hecho el territorio nacional.

Independido Tejas, reconoció el Gobierno norte-americano su independencia por un tratado de 12 de Abril de 1844, en virtud del cual lo anexaba á los Estados Unidos, con tal atro-

pello, que nuestro Ministro en Washington, D. Manuel E. Gorostiza, ilustre patricio, pidió sus pasaportes y abandonó los Estados Unidos.

Las Cámaras de los Estados Unidos aprobaron el robo escandaloso de territorio, y no contento el Gobierno, le dió tal extensión, que aseguraba que era su límite el Rio Bravo: por este ardid grosero que sostenía la fuerza, se quería hacer creer que México era quien agredía, cuando se le mutilaba contra todo derecho.

Por estos motivos se declaró la guerra á mediados de 1846, estando en el poder el general Paredes despues de haber derribado al Sr. Herrera.

Sin atender á las necesidades de la guerra, sin considerar su trascendencia, y de un modo realmente antipatriótico é infame, Paredes se entregó en el poder á una dirección retrógrada y servil, que conspiraba contra la independencia, y mostraba sin embozo sus aspiraciones por la monarquía.

Se decía que este pensamiento lo favorecía el Ministro español Bermúdez de Castro, y lo propalaba el periódico intitulado *El Tiempo*, redactado por las eminencias del partido conservador, entre las que figuraban Aguilar y Marocho, el Padre Nájera y D. Lucas Alamán.

Desatóse cruel persecución á los escritores, liberales, (*) y el general Paredes reunía noche á noche en su casa, edificio del antiguo Correo, á los jefes de los Cuerpos, en cuya tertulia se escarnecía la independencia y las ideas liberales, haciéndose activa propaganda por la monarquía.

La alarma del partido liberal y el retraimiento y desconfianza de los Estados eran visibles, formando el todo un conjunto revolucionario y fatal.

El general Arista había reemplazado en el ejército del Norte al general Ampudia.

El general norte-americano Zacarías Taylor rompió las hostilidades, al frente de tres mil hombres perfectamente armados y equipados, y ocupó el frontón de Santa Isabel.

El Sr. Arista, no obstante lo mal armado, la escasez de recursos y lo desprovisto de lo más necesario, salió al encuentro del jefe norte-americano, presentando la batalla en las llanuras desiertas de Palo Alto, cerca de Matamoros.

La poderosa artillería norte-americana decidió esta acción, no consumándose nuestra derrota por la llegada de la noche.

El General Arista emprendió su retirada frente el enemigo y con el objeto de regresar á Matamoros; pero estando en la Resaca de Guerrero (otra gran llanura), (*) avanzaron las tropas norte-americanas sobre las nuestras.

No dió séria importancia el Sr. Arista á aquel avance; más bien le creyó un reconocimiento que emprendía el enemigo desde un bosque inmediato; pero de repente se lanzaron sobre los nuestros aquellas fuerzas organizadas, produciendo la desmoralización más completa y el desbandamiento más incontenible.

En vano los generales D. Pedro Ampudia y D. Rómulo Díaz de la Vega, con esfuerzos heróicos, pretendieron rehacer á las tropas. El general Vega cayó prisionero combatiendo muy valerosamente, y Ampudia era envuelto por sus soldados.

Entónces el general Arista reuniendo algunos soldados dispersos, se disparó temerariamente, dando una carga de caballería que hizo bastante estrago sobre el enemigo; pero todo fué inútil, la derrota hizo dueños de nuestro campo á nuestros enemigos, que hicieron cien prisioneros y se apoderaron de nuestra artillería y municiones.

Arista se retiró á Matamoros, que abandonó en seguida, dejando en poder del enemigo cuatrocientos prisioneros por falta de bagajes.

El general Arista fué sujeto á juicio, resignando el mando al general D. Francisco Mejía, quien lo entregó á su vez al general Ampudia que ocupaba Monterey.

Por muy superficial que sea la mirada que se dirija sobre el estado de cosas que acabamos de narrar, se ve que, prescindiendo de que el valor se mostró igualmente alto y esforzado entre las fuerzas contendientes, en las norte-americanas se notó la unidad de acción, la inteligencia directiva, la disciplina perfecta, productora de la exactitud y violencia de los movimientos, y en abundancia los recursos de armas, municiones, víveres, asistencia de heridos, etc., etc.

La comparación de esos elementos y los nuestros es pa-

tente, y debe fijarse para establecer un juicio seguro é imparcial.

Mientras se verificaban tan graves sucesos en nuestras fronteras, en Guadalajara se pronunciaba el general Yáñez, gritando: ¡muera el príncipe extranjero! Acudió Paredes á batirlo, dejando encargado el Gobierno al general Bravo; pero el 4 de Agosto se pronunció en la Ciudadela de México el general Salas, huyó Paredes, y habiendo sido hecho prisionero, fué desterrado de la República.

Salas, de quien se habia apoderado el partido liberal moderado, convocó un Congreso que eligió Presiderte á Don Antonio López de Santa-Anna y Vicepresidente á D. Valentín Gómez Farías.

Santa-Anna tomó el mando del ejército. Farías se encargó del Gobierno.

El Congreso, compuesto en su mayoría de patriotas liberales, en vista de las circunstancias y de la extremada escasez de recursos, dió su decreto de 11 de Enero de 1847 (*) sobre desamortización de bienes eclesiásticos, y entónces, conservadores y clericales no pensaron sino en la caída de los puros aún cuando fuese á costa de la independencia.

Los cuerpos de guardia nacional levantados para la defensa de la patria, estaban como separados por clases, y habia cuerpos dependientes de conservadores, y otros del Gobierno. (*)

El Gobierno imprudentemente quiso el desarme de los cuerpos que le eran hostiles; éstos resistieron: el clero atizaba y procuraba recursos, moviéndose con ardor inusitado.

Al fin, con eterna vergüenza y escándalo de México, estableció el pronunciamiento de los *polkos* (alusión al baile de la polka), es decir, la gente decente, los conservadores, acaudillados por Salas y Peña Barragán, sostenidos secretamente por el partido moderado; (*) quedando fieles al Gobierno varios cuerpos de guardia nacional, á cuya cabeza estaba el general Rangel.

Por espacio de un mes, aproximativamente, las calles de México fueron teatro de toda clase de horrores. Farías ocupaba Palacio, Peña y Barragán San Hipólito, Balderas San

Diego, el cuerpo de Hidalgo el Hotel Iturbide, el de Victoria la Profesa.

El país entero reprobó con honda indignación el pronunciamiento de los polkos, cuando estaba la escuadra norte-americana en las aguas de Veracruz; el partido moderado se ofuscó; [*] el clero, que todo lo había promovido, retiró sus recursos y desconoció las libranzas que había aceptado, por prohibirle los Cánones ingerirse en cosas semejantes; y perdidos los rebeldes, acudieron á Santa-Anna, [*] quien aprovechado la ocasión, ocupó la presidencia el 21 de Marzo, saliendo rumbo á Veracruz el 2 de Abril, dejando el mando á D. Pedro María Anaya, y partiendo á Veracruz á combatir á los invasores. (*)

Los sucesos anteriores de la campaña habían sido la funesta desocupación de Tampico, defendido por el general Parrodi; la batalla del Sacramento en Chihuahua, en que se distinguió notablemente el general Trías, la ocupación de Paso del Norte por Doniphan; la de Nuevo México por Kearny, y la de California por Fremont, donde entraba el 19 de Julio, ayudado por la escuadra de Sloat.

El país entero, aunque herido por los ultrajes del extranjero, mostraba cierta frialdad para la guerra, frialdad producida por las maquinaciones del clero, por la inmoralidad, los contratos ruinosos, la ignorancia, el favoritismo y los desórdenes de Santa-Anna. (*)

Ampudia se había fortificado en Monterey, con cinco mil hombres; los oficiales Manuel y Luis Robles Pezuela mostraron grande habilidad en aquellos trabajos: los ataques fueron rudos y la resistencia valerosísima, distinguiéndose los jefes Nájera, Moret, Ampudia y otros, y haciéndose notable la Sra. D^a Josefa Zozaya, persona distinguida, que alentaba sobre los parapetos á las tropas y les repartía viveres y municiones.

Ampudia capituló honrosamente, dejando á Taylor dueño de la plaza, y se retiró á San Luis, donde se encontraba el general Santa-Anna, que con la llegada de estas fuerzas reunió catorce mil hombres. [*]

El 28 de Junio de 1847 salió el ejército de San Luis al mando en jefe del general Santa-Anna, y acompañado de los generales Mora y Villamil, Blanco, Micheltorena, y otros menos notables. En las marchas forzadas y bajo la influencia de una

grande escasez de recursos y medios para prevenir los rigores de la estación, quedaron fuera de combate cuatro mil hombres, llegando las tropas así mermadas, el día 22, al frente del invasor. Este se encontraba fortificado en la Angostura, cerca del Saltillo.

El combate comenzó y duró todo el día 23, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, peleándose por ambas partes con igual bravura. El ejército mexicano presentaba como testimonios de victoria las posiciones quitadas al enemigo, tres cañones, tres banderas, cuatro carros de parque y varios prisioneros. Por su parte tuvo una pérdida de quinientos noventa y cuatro muertos, mil treinta y nueve heridos y mil ochocientos soldados dispersos, y el invasor, según sus propios datos:

267 muertos.

456 heridos.

23 dispersos.

Las tropas norte-americanas, aunque en menor número, ocupaban posiciones ventajosísimas; tenían inmensa superioridad en armamento y útiles de guerra, y se encontraban abastecidas de todo lo necesario con abundancia. Sin embargo, si el general Miñón hubiera batido con la caballería la retaguardia, la victoria habría sido completa. (*)

El siguiente día, el general Taylor dispuso poner en salvo sus archivos y trenes, temiendo un nuevo combate; pero el general Santa-Anna dejó el campo en solicitud de viveres, porque las tropas no habían probado bocado en veinticuatro horas. Esto hace asentar al eminente historiador de esta guerra, el Sr. Roa Bárcena:

«Si no es posible apellidar vencedor al ejército mexicano, no hubo vencedor en la batalla de la Angostura.»

La total falta de recursos del ejército, las enfermedades que invadieron á las tropas, y las noticias de la capitulación de Veracruz, hicieron á Santa-Anna retroceder á San Luis.

Fariás, al saber los sucesos de Oriente, ordenó á los batallones de guardia nacional Independencia, Hidalgo, Bravos y Mina, que marchasen á Veracruz; pero esto produjo el ignominioso movimiento de los polkos que trajo á Santa-Anna al poder en los brazos del partido moderado.

La mancha que aquellos guardias nacionales echaron sobre sí, apenas la pueden disimular las heroicas hazañas de esos Cuerpos en las batallas de Churubusco, el Molino del Rey y las garitas de la capital.

LECCION NOVENA

Bloqueo de Veracruz.—Desembarco á las órdenes del general Scott.—Resistencia de Veracruz.—Capitulación.—La reprobación Santa Anna.—Su marcha á Jalapa.—Batalla de Cerro Gordo.—Retiro á Orizaba.—Ocupa Puebla el ejército norte-americano.—Fortificaciones en la capital y en los alrededores.—Conducta de algunos ricos.—Marcha del ejército invasor á la capital.—Valencia se sitúa en Padierna.—Anaya, Rincón y Gorostiza en Churubusco.—Santa-Anna se sitúa en las haciendas de San Antonio y Portales.—Batalla de Padierna.—Batalla de Churubusco.—Armisticio.—Pláticas de paz.—Ruptura del armisticio

Desde el mes de Mayo de 1846 habian declarado los norte-americanos el bloqueo de Veracruz, despues de haber hecho tentativas infructuosas de desembarco en Alvarado y en San Juan Bautista Tabasco.

El 8 de Febrero de 1847 se avistaron al puerto buques de guerra, y en 9 de Marzo un segundo ejército desembarcó á las órdenes del general Scott, precisamente en el día ó dias en que se retiraban nuestras maltratadas fuerzas á San Luis Potosí y el Vicepresidente Farías luchaba contra el pronunciamiento impulsado por el clero y por moderados y serviles.

La defensa de Veracruz estaba confiada al general Morales con 4,000 hombres entre tropas regulares y guardias nacionales. El castillo de Ulúa lo defendía con 1,000 hombres el general Durán.

El ejército norte-americano que desembarcó se componia de 13,000 hombres, teniendo á su cabeza á los generales Worth, Twigs, Patterson, Pillow y Quittman.

El 22 de Marzo intimó el jefe americano rendición á la plaza, que contestó enérgicamente por la negativa. Rompiéronse los fuegos á las cuatro de la tarde, y desde ese momento se desató sobre la plaza un espantoso bombardeo que era contestado con actividad y decisión. Seis días duró aquella

granizada de proyectiles que sembraba la desolación, especialmente por dirigir las los norte-americanos con toda barbarie sobre las casas de asilo y hospitales; y cuando habian perecido cerca de mil hombres y pasado de 300 los heridos, cuando habian caído sobre la reducida plaza 6,700 bombas y 13,000 balas de cañón; cuando las pérdidas se calculaban en más de 6.000,000 de pesos; cuando ni habia parque ni víveres, ni esperanza de socorro alguno, se ajustó una honrosa capitulación el 27 de Marzo. (*)

El general Santa-Anna reprobó aquella capitulación, puso presos á los generales Morales, Landero y Durán, y dejando la presidencia á D. Pedro María Anaya, nombrado ántes por el Congreso, salió de la capital con dirección á Jalapa, diciendo en una proclama *que iba á lavar la deshonra de Veracruz*.

Antes habia mandado fortificar Cerro Gordo, distante seis leguas de Jalapa, contra la opinión científica de los ingenieros Robles y Cano, desechada por la tiránica suficiencia de la ignorancia.

Constituido definitivamente el campo en Cerro Gordo, el Sr. Robles formó su proyecto de fortificación, proyecto que rectificó y mutiló la ignorancia del general Santa-Anna con perjuicio de la defensa.

Cerro Gordo está casi rodeado por barrancas, escabrosidades y malezas: del lado opuesto á ellas sesituron los norte-americanos, con satisfacción de Santa-Anna, que decia que por aquellos lugares no podian pasar ni conejos.

No obstante, por esos puntos se mandó hacer un reconocimiento con caballería á Canalizo, que como era de esperarse no dió resultado alguno.

Scott, perfectamente aconsejado, formó su plan de ataque y dió órdenes precisas á sus tropas.

En su consecuencia y despues de bien combinados movimientos que en vano quiso contrariar el general Alcorta, los norte-americanos ocuparon el cerro de la Atalaya que flanqueaba el cerro del Telégrafo, centro y altura dominante de nuestro campo, y punto que habia quedado sin fortificar *por mandato* de Santa-Anna, contra las previsiones de Robles.

El día 18 de Abril se verificó el ataque; Scott embistió por el frente y los flancos el Telégrafo con numerosas fuerzas y

poderosa artillería. Las fuerzas asaltantes constaban de 8,500 hombres de tropas floridas.

La defensa fué heroica, sostenida por el general Vázquez, Banneli, Uraga, Palacios, Robles y otros beneméritos jefes de los que perecieron el citado general Vázquez, coronel Rafael Palacios, comandantes Velasco y Osorno, capitanes Herre-rías, Palafox, Martínez y otros.

Consumóse la derrota.

Santa-Anna se retiró con un corto número de oficiales á Orizaba á organizar nuevas resistencias, mereciendo por su fe y energía, á pesar de sus faltas, que se le considere en toda esta campaña como el primero de los defensores de México.

Canalizo, con una corta fuerza, habia marchado rumbo á Puebla, que abandonó á poco. Santa-Anna reunió fuerzas en Orizaba y se presentó en México el 20 de Abril, recogiendo el poder supremo de manos del Sr. Anaya.

Los norte-americanos ocuparon fácilmente Puebla y fueron recibidos dulce y afectuosamente por el señor Obispo de la diócesis.

Con actividad extraordinaria se fortificaron las garitas de la ciudad y los puntos de Churubusco, el Peñón y Mexicalcingo. Reinaba el entusiasmo, se repetian los actos de patriotismo, y al clamoreo tremendo de la campana mayor respondia el aspecto del pueblo indignado y resuelto á defender sus derechos.

Varios ricos se guarecieron tras de las banderas de los cónsules, y la abstención, si no la hostilidad del clero, fué anti-patriótica y fatal á nuestra causa.

El ejército enemigo, compuesto de 12,000 hombres, marchó sobre la capital. [*]

El general Valencia se situó en las lomas de Pelón Cuau-titla, cerca de San Angel, con los restos del brillante ejército del Norte que era la gloria de nuestras armas.

El general Anaya, acompañado de Rincón y Gorostiza, [*] ilustre por tantos títulos, estaba en Churubusco, y Santa-Anna en la hacienda de Portales creia poder atender á puntos tan importantes.

El enemigo descendió de Tlalpam, se dirigió por el camino de Peña Pobre á Padierna; Santa-Anna mandó situar á D. Francisco Perez á la vista del campo, en Coyoacán.

Valencia, aunque hombre ignorante, dócil al consejo y valiente hasta la temeridad, resistió con heroismo acompañado de los generales Gonzalez de Mendoza; Blanco, Salas, Parro-di y Frontera que pereció peleando; pero las envidias, la ambición y las malas pasiones dejaron sin auxilio oportuno á Valencia, que sucumbió á la madrugada del día 20, huyendo, disfrazado y perseguido á muerte, á Toluca. (*)

La tropa desbandada y que caía como una avalancha de las lomas de Padierna, llegó á Churubusco, donde Twigs atacaba con 5,000 hombres aquella posición defendida únicamente por 800 guardias nacionales de los cuerpos de Independencia y Bravos.

Los asaltantes, á pesar de sus desesperados esfuerzos, no lograron penetrar en la fortaleza sino cuando no habia quedado un solo cartucho y 400 hombres yacian cadáveres.

En esta gloriosa acción perecieron Martínez de Castro, joven notabilísimo por su saber y virtud; Peñúñuri, hacendado pródigo y laborioso, y Villamar, poeta distinguido.

Comonfort, Haró D. Antonio, García Torres y otros se señalaron por sus servicios importantes. [*]

Anaya, habiendo quedado ciego en medio de la acción por la explosión de un cajón de parque, hizo que le condujesen á caballo, casi sobre los parapetos, para seguir alentando á sus soldados.

Al ocupar Churubusco, le preguntó Twigs adonde estaba el parque, y Anaya le contestó: "*Si hubiera parque no estaría vd. aquí.*"

A las jornadas descritas siguió un armisticio, durante el cual se entablaron pláticas de paz: los americanos insistieron tiránicamente en que se les diera Texas, Nuevo México y la alta California, pretensión á que se negó el Gobierno, diciendo los comisionados nuestros, Atristain, Couto, Herrera y Mora, que era inaudito que á un país se le hiciera la guerra porque no consentia en su desmembración. (*)

El 6 de Setiembre se rompió el armisticio y el 8 se verificó la batalla del *Molino del Rey*.

LECCION DECIMA

Batalla del Molino del Rey.—Concentración.—Ejecución de los prisioneros de San Patricio.—Refuerzo de los Estados.—Las Garitas.—Batalla de Chapultepec.—El Sr. General Bravo.—Conducta heroica del Colegio Militar.—Defensa de las garitas.—Entra Scott en la capital.—El Sr. Peña y Peña en la Presidencia.—Ocupación de California.—La Huasteca.—Mazatlán.—Presidencia del Sr. Anaya.—El Gobierno en Querétaro.—Tratados de Paz.—Ratificación de los tratados.—Fin de la guerra.

Las fuerzas mexicanas, constantes de 4,000 hombres, se situaron en los molinos de trigo que tienen el nombre del Rey, en una era que se halla frente á lo que hoy es fábrica de fundición, y la caballería del Norte en el punto llamado Casa Mata.

El ejército enemigo, fuerte con 6,000 hombres, al mando de los generales Pilow y Cadwalader, salió del Arzobispado de Tacubaya, y por su espalda se dirigió al asalto de los principales puntos que se han señalado.

El combate fué como nunca sangriento. Defendian los molinos Leon y Balderas; ambos vieron la espalda á los enemigos; pero heridos mortalmente, el primero murió á pocos pasos de la iglesita de Chapultepec, y el segundo en México. (*)

Rechazado, despedazado y casi en son de derrota el enemigo, fué perseguido por nuestras fuerzas; pero recibió refuerzo y retrocedió sobre los nuestros haciéndoles horrible carnicería; entónces el heroico general Echegaray, reuniendo algunos de sus bravos del 3^{er} Ligero, se arrojó entre las filas enemigas, les quitó las piezas y restableció con actos de valor prodigioso la moral en sus tropas. Pero el enemigo hizo un nuevo esfuerzo y la derrota se consumó. Entretanto, nuestra caballería permaneció criminalmente inmóvil, reportando la responsabilidad del éxito de esta función de armas.

La pérdida del enemigo, según el Sr. Roa Bárcena, fué 9 oficiales muertos, 49 heridos y 800 soldados por muertos y heridos, contándose entre ellos algunos dispersos.

Entre los oficiales mexicanos que murieron peleando heroicamente, se mencionan Aguayo, Vázquez, Cárdenas, Olivera, Martínez, señalándose entre los heridos el alumno del Colegio Militar D. Alejandro Argáandar, del 3^{er} Ligero.

Entre los oficiales de Mina que murieron, es forzoso perpetuar el nombre de Margarito Zuaso, que acribillado de heridas y moribundo, se arrastró para envolverse en su bandera, que arrancaron de su cadáver empapada en su sangre.

El desastre del Molino del Rey en que parecía sonreír á México la victoria, la pérdida de jefes beneméritos, la dispersión de fuerzas valiosísimas, la actitud incomprensible de la caballería y la desconfianza, no del patriotismo, sí de la actitud de Santa Anna, hicieron que el desorden cundiera, que el pánico se apoderara de los espíritus y que en los aprestos para la defensa de las garitas se notasen los funestos preludios de la derrota. (*)

El terror y el malestar subieron de punto con la ejecución sangrienta de los prisioneros de San Patricio que, desertores del ejército norte-americano, se pasaron á nuestras filas, Scott fué inflexible y llevó al refinamiento la crueldad. A los prisioneros que por circunstancias atenuantes se les perdonó la vida, se les condenó á sufrir la pena de azotes hasta rajar sus carnes, y se les marcó la frente ó un carrillo con una D. con hierro candente. (*)

A pesar del terror propagado por el desorden, llegaban fuerzas de los Estados, señalándose las de Jalisco, y antes las del Estado de México con D. Francisco M. de Olaguibel á su cabeza, quien concurrió á la batalla de Padierna. El sabio ilustre Ignacio Ramírez acompañó en la campaña al Sr. Olaguibel.

Mucho vaciló el jefe norte-americano en atacar las garitas, pero al fin, contra el parecer de sus más entendidos oficiales, se fijó en el ataque de Chapultepec.

Este punto, que según los inteligentes carece de la importancia militar que se le suponía, estaba al mando del director del Colegio Militar, edificio situado en la cumbre, en que existían entónces los jóvenes educandos, en su mayoría de catorce á diez y seis años.

Algunas obras insignificantes de fortificación en la parte

exterior y en el interior del bosque, formaban la defensa, con ochocientos treinta y dos hombres y escasa artillería.

En la parte superior del cerro no había ni doscientos hombres, incluso los alumnos, que desde los primeros momentos fungieron esforzados como los soldados de mayor confianza.

Scott situó en el cerro, por la parte exterior del bosque, baterías de sitio y de grueso calibre que arrojaron sus proyectiles sobre el cerro, sin ataque y sin comprometer en aquella ostentación de fuerza un solo soldado.

El general D. Nicolás Bravo, lleno de merecidos lauros de gloria, mandaba la farsaleza.

El fuego lo rompieron los norte-americanos el día 12 á las seis de la mañana, y durante catorce horas sufrieron una lluvia no interrumpida de balas nuestras tropas, que inmóviles, inactivas y como condenadas á un suplicio inevitable y silencioso, veían aniquilarse el edificio y las fortificaciones y amontonarse cadáveres sin recibir auxilio y sin la distracción siquiera del movimiento.

Agriáronse las contestaciones entre Bravo y Santa-Anna; este general disponía de la fuerza; sin que Bravo lo supiese, retiró sus reservas; quería atender á todo, y ninguna necesidad cubría; se arrojaba temerario á los peligros y descuidaba operaciones importantes por reñir á un carrero ó por una disputa de poco momento.

Al siguiente día, por el Sur y el Occidente se dió el asalto, y no obstante estar demolidas las fortificaciones y á pesar de haber habido una espantosa deserción, y de que insolentes con la certeza del triunfo fueron feroces las embestidas de Pilow y Quittman, la resistencia fué heroica, pereciendo Xicotencatl, despues de consumir hazanas ínclitas; Cano, Pérez Castro y Saldaña, de quien ingrata la historia, no ha hecho la debida mención. (*)

El enemigo, hollando cadáveres y alentando por su éxito al pié y en la falda del cerro, acomete la cima y allí hace su último empuje la resistencia, pereciendo en esa reñidísima lid á la bayoneta y con elementos desiguales, los jóvenes alumnos, dejando la vida para que inscribiese en su padrón la historia los gloriosos nombres de los alumnos del Colegio

Militar, de nuestro Colegio, que recibió su bautismo de sangre, señalando á sus camaradas futuros el sendero de la inmortalidad!

Los más enterados en aquel tiempo de los permenores de estas funciones de armas, calcularon la pérdida del enemigo en la quinta parte de sus numerosas fuerzas y sesenta oficiales entre muertos y heridos, contándose entre ellos jefes de alta graduación.

Nosotros, además de las pérdidas referidas anteriormente y de otras que sentimos no pormenorizar, tuvimos las siguientes:

Juan de la Barrera, teniente.

Subtenientes, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Azcutia.

Heridos, Pablo Banuet, y los alumnos de fila, Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero.

Quedaron prisioneros con el general Monterde, director del Colegio, los Capitanes Jimenez y Alvarado, Alemán, Díaz, Fernando y Miguel Poucel, Argaiz y Peza, y los subtenientes Camacho, Norriz, Cuellar, Alvarez, etc.

Murió tambien en esta función de armas el coronel Gelaty, y se distinguió por actos de pericia y de bravura el joven Colombris, que reapareció, como siempre valiente y honrado, al lado del general Zaragoza el 5 de Mayo de 1862. (*)

El general Santa-Anna continuó activísimo, valiente, pero sin plan y como á la ventura, la defensa de las garitas y el ataque hasta las calles, en que se distinguieron los generales Rangel, Peña, Carrasco, D. Pedro Jorin, jefe del batallón Victoria, y varios oficiales y soldados, como Béistigui, Urquidí, D. Francisco y D. Manuel Muñoz, los dos últimos diputados al Congreso general, de ese brillante Cuerpo de guardias nacionales.

Scott entró en la capital el 14 de Setiembre con parte de su ejército.

El 16 renunció Santa-Anna la presidencia, encargándose de ella el Presidente de la Corte Suprema de Justicia D. Manuel de la Peña y Peña, quien marchó para Quéretaro á organizar el Gobierno.

Santa-Anna, despues de algunas tentativas de formación de nuevas fuerzas, marchó para Nueva Granada.

Al verificarse estos cambios, el país por sí siguió combatiendo á los invasores, con varia fortuna. En Julio de 47, la California habia quedado sometida á los invasores: el general Garray, en Octubre, derrotaba en la Huasteca á una respetable fuerza norte-americana; eran rechazados en Tabasco en una intentona de desembarco; el 14 de Noviembre fué ocupado Mazatlán por el comodoro Shubrick, y numerosas guerrillas, atravesando en todas direcciones el país, hacian graves estragos en las fuerzas invasoras. [*]

En 12 de Noviembre de 1847, reunido el Congreso en Querétaro, nombró Presidente interino á D. Pedro María Anaya, quien permaneció en el poder hasta Enero de 1848, en que volvió al desempeño de la primera magistratura el Sr. Peña y Peña.

Mr. Trist, plenipotenciario norte-americano, propuso que se abrieran nuevas negociaciones; el Gobierno nombró á los Sres. D. Miguel Atristain, D. Bernardo Couto y D. Luis G. Cuevas para que representasen al Gobierno.

Entre los comisionados referidos se ajustó el tratado de 2 de Febrero de 1848, firmado en Guadalupe Hidalgo, en cuya virtud México cedió á los Estados Unidos Texas, la Alta California, Nuevo México y la parte septentrional de los Estados de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas; México recibió en cambio quinientos millones de pesos.

Sometióse al Congreso el tratado para su rectificación, y se empeñó un debate amplio, luminoso y digno, en que sin distinciones de partido se defendieron los intereses de la patria conforme á las libres inspiraciones de la conciencia de aquellos representantes.

Distinguiéronse en pró de la guerra D. Manuel Doblado, D. Ponciano Arriaga, D. Guillermo Prieto, y sobre todos, el Lic. D. José María Cuevas, quien se hizo conducir de la cama á la tribuna, donde pronunció uno de los más elocuentes discursos que honran la oratoria parlamentaria de México. [*]

En el partido de la paz se hicieron notables Pedraza, Lacunza, Lafragua, Payno, Hilario Elguero y otros, á quienes especialmente en el Senado combatía Otero con su palabra ciceroniana y con su patriotismo sin mancha.

Ratificados los tratados en 30 de Mayo de 1848, las fuerzas enemigas procedieron á desocupar el territorio nacional, y el 3 de Junio de 1848 entregó el mando el Sr. Peña y Peña al general D. José Joaquín de Herrera, electo Presidente constitucional para el período que debia terminar en 1851.

México perdió en esta guerra la tercera parte de su territorio, que costó á los Estados Unidos 100,000 soldados con 200 piezas de artillería, el costo del servicio de más de 200 barcos y 210.000,000 de pesos.

La rica adquisición de los Estados Unidos no les quita la mancha de iniquidad que cayó por esta invasión en las páginas de su historia.

LECCION UNDECIMA

Presidencia del general D. J. J. Herrera.—Pronunciamiento de Paredes.—Buena administración.—Reforma del ejército.—Arreglo de la deuda, etc.—El cólera.—Presidencia del Sr. general Arista.—Integridad y honrada Administración.—Pronunciamiento de Jalisco.—Pronunciamiento de Sinaloa.—General Uruga.—Progresos de la revolución.—Caída de Arista, su expatriación y muerte.—El Lic. D. Juan B. Cevallos.—Golpe de Estado.—D. Manuel María Lombardini.—Vuelta de Santa-Anna á la República.

En mediados de Junio se trasladó el Sr. Herrera á la capital con el Gobierno.

El general Paredes, que habia vuelto ocultamente del extranjero, se apoderó de Guanajuato despues de haberse pronunciado en Aguascalientes; pero el general Miñón le derrotó completamente; y aquel fué á ocultarse á México, donde murió al año siguiente, casi olvidado. [*]

Formó su gabinete el Sr. Herrera de los individuos siguientes: Lic. Mariano Otero, Relaciones; Riva Palacio, Hacienda; Jimenez, Justicia; y el general D. Mariano Arista, Guerra; personas todas pertenecientes al partido moderado, pero respetables por su sabiduría y por su honradez. [*]

El restablecimiento de la paz, la economía y la moralidad